

Pensar el socialismo a partir de Luis Sierra

Luis Sierra
Claudia Sanhueza
Neto Águila
Jorge Arrate
Claudio Calabrán
Gabriel Rojas



Fundación Avión Rojo
Serie Cuadernillos





Nombre Pensar el socialismo a partir de Luis Sierra

Serie Cuadernillos

Fecha de publicación lunes 10 de agosto de 2026

Fundación Avión Rojo 2026

Jorge Arrate

Presidente

Gabriel Rojas

Director Ejecutivo

Autores

Claudio Calabrán

Luis Sierra

Claudia Sanhueza

Jorge Arrate

Neto Águila

Gabriel Rojas

Índice

Introducción. Claudio Calabrán	5
Carta de renuncia al PS. Luis Sierra	9
En homenaje a Luis Sierra Bosch. Claudia Sanhueza	18
Semblanza de Lucho Sierra: elogio a la voluntad en la política. Neto Águila Z	22
Luis Sierra y los socialistas del futuro. Jorge Arrate	25
Pensar la política a partir de Luis Sierra. Gabriel Rojas	30



Presentación

Claudio Calabrán

Lucho Sierra fue un constructor de mayorías. En parte por eso, tantas personas, de tantas generaciones, partidos y trayectorias distintas lo conocimos. Su recorrido social y político, desde el MAPU en los 70, el PS en los 80 y 90, y su rol como uno de los fundadores del Frente Amplio, estuvo marcado por una vocación común en la izquierda chilena: la de tender puentes, conversar con quien pensara distinto y construir una alternativa al capitalismo a partir del diálogo paciente y persistente. Su renuncia al Partido Socialista, en 2009, lejos de marcar un final fue un punto de partida, al ofrecerle a la historia un análisis crítico de la experiencia de los gobiernos de la Concertación y de la historia del PS. Su capacidad analítica es parte de su legado para quienes seguimos luchando por una alternativa al capitalismo.

Lucho no podía caminar por la calle sin encontrarse con alguien con quien compartiera alguna anécdota o reyerta pasada. Siempre con una sonrisa y un movimiento eléctrico, se movía para encontrarse con compañeras y compañeros de lucha, no siempre de partido, porque reconocía que era en la lucha donde efectivamente nos encontrábamos quienes apostamos por la construcción de un Chile distinto, de vocación socialista.

En mi caso, conocí a Lucho el 2012, en un conversatorio que organizó el Centro de Alumnos del Instituto Nacional. No recuerdo de qué se trataba el conversatorio, al final era una excusa. El movimiento social por la educación de 2011 recién había pasado y buscábamos redes para proyectar la lucha social más allá de lo estudiantil. Lucho nos acompañó cuando, en 2012, levantamos en el Nacional un colectivo pequeño llamado Fuerza de Izquierda (FI) que contaba con un puñado de estudiantes secundarios con ganas de pasar de la acción a la organización. Luego nos acompañó el 2013 cuando presentamos una lista para el centro de alumnos.

Sierra fue un gran militante, incansable en el plano táctico-estratégico. Siempre apostó por una convergencia y unidad de las fuerzas de intención socialista para la refundación del socialismo chileno, continuadora de una tradición con hitos en la unidad del 33, la fundamentación del 47, la vía chilena del 70 y la renovación de los 80. Se identificaba, tal cual Eugenio González Rojas, como socialista libertario y era crítico crítico de las formas más ortodoxas del marxismo leninismo, sobre todo en su versión soviética. Una vez me entregó una copia de "La lucha de clases en la Unión Soviética" de Charles Bettelheim, un maoísta francés. Una crítica al



marxismo leninismo que, creo, me acompaña hasta el día de hoy y me motivó a perseverar en la centralidad de la democracia en nuestro proyecto socialista y de la voluntad unitaria representada en la consigna de la máxima unidad posible, social y política.

Por allá por 2013, mucho antes de que todo lo que es ahora el Frente Amplio empezara a decantar en caminos de entendimiento y unidad, Lucho transmitía la necesidad del movimiento centrípeto. En cualquier café del centro de Santiago, sacaba un lápiz de su chaqueta y comenzaba a trazar un plan en una servilleta común. Izquierda Autónoma, Frente de Estudiantes Libertarios, Unión Nacional Estudiantil, Nueva Acción Universitaria. Todo lo que en esa época luchaba por la conducción del movimiento estudiantil, Lucho lo sumó en un universo común. Él confiaba en la refundación del socialismo en el germen de pensamiento crítico y transformación social que anidó en el movimiento social por la educación de 2011. Autónomos, libertarios, marxistas y socioliberales, todos socialistas, habían de encontrarse. Lo que faltaba, decía, era una organización pequeña que lograra agilizar el movimiento unitario.

Lucho bregó activamente por ese entendimiento y levantó, por ahí por 2015, junto a muchos compañeros y compañeras, Convergencia de Izquierdas, como un movimiento político para esta determinada refundación del socialismo. Pero la convergencia no se detendría en un determinado aparato, según él, sino hasta la convergencia unitaria de todas las fuerzas políticas de intención socialistas. Esto vale tanto para el pasado como para el presente, donde nuestra unidad política en el aparato Frente Amplio no pasa de ser una coyuntura, como tantas otras, en el largo proceso de refundación del socialismo chileno.

Siempre que podía, sacaba a colación su carta de renuncia al PS que escribió en 2009. Es el documento más acabado de su producción teórica. Se trata, ante todo, de un texto de análisis económico-político y es donde su formación como economista se hace más visible. Allí sostenía que la Concertación y, en particular, el PS habían terminado por aceptar el modelo neoliberal heredado de la dictadura sin someterlo a un cuestionamiento real. Advirtió que los avances del periodo convivían con la aceptación acrítica de los supuestos básicos del modelo económico, tratados como verdades técnicas y no como una construcción ideológica entre distintas posibilidades.

Lucho logró ordenar, a punta de aguda observación, el ciclo de los partidos políticos de izquierdas con posterioridad a la caída de los socialismos reales. Presentaba el argumento como el tránsito decadente desde el hiperideologismo al realismo, del realismo al pragmatismo, luego al oportunismo, hasta llegar



finalmente a la corrupción. Su alerta no era más que el cuidado de los principios para la acción política, a sabiendas de la necesidad de construir alianzas amplias para alcanzar mayorías sociales, pero sin caer en el principismo que tanto daño le hace a la izquierda, en el sentido de considerar románticamente los principios sin cuidado de la acción. Sierra sabía que la política tenía mucho de negociación de intereses determinados por contextos históricos y no negaba el pragmatismo propio de esa dinámica.

Además, logró retratar la crisis de las élites políticas por la administración de un modelo que antepone los intereses individuales al bien común. En ese teatro de sombras neoliberales, toda la acción política es vista como acciones egoístas e individuales de políticos buscando ganar la siguiente elección.

Lucho fue formador de voluntades militantes y un articulador de nuestro proyecto político, que no es más que la refundación del socialismo chileno, por medio de la actualización de sus tesis a los desafíos de este siglo, como la digitalización de la información, la automatización del trabajo o la crisis climática. No dejó, sobre estos temas, un texto sistemático comparable a su carta de 2009, pero sí dejó la preocupación de que ninguno de estos fenómenos podía abordarse simplemente administrando mejor el modelo existente, sino que exigían actualizar las tesis socialistas chilenas a esos desafíos.

Para la ortodoxia marxista, el modo de producción está compuesto por las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Dicen los marxistas ortodoxos que el desarrollo de las fuerzas productivas pueden tensionar de tal modo las relaciones de producción que las revolucionan, lo que da curso a la transformación misma del modo de producción. El problema de la automatización del trabajo y la digitalización vía inteligencia artificial es un problema sobre cómo las fuerzas productivas capitalistas de la fase neoliberal están llegando a un punto de quiebre porque están alterando las relaciones de producción. Este no era un problema que satisficiera el interés de Sierra por el mero gusto del debate intelectual. Al contrario, siempre rehuyó esos espacios pero consideraba que esos debates eran necesarios para la acción política. Sin acción política que transforme la realidad, lo único que queda es la interpretación vacía de sentido.

Lucho Sierra escribía poco, muy poco. Eso nos deja solamente con los registros de la memoria para reconstruir su pensamiento. Es lamentable para una voluntad testaruda y siempre alerta al devenir de la lucha social. Pero al mismo tiempo, ayuda a explicar por qué este cuadernillo tiene sentido, a cuatro años de su partida. Este cuadernillo reúne textos sobre Lucho Sierra para relevar la vigencia de su pensamiento, en el diálogo atemporal con su vida y obra.



El primer texto es del propio Sierra, su carta de renuncia al PS, que escribió en 2009, como texto seminal para la crítica socialista a la Concertación y sus gobiernos. Los siguientes cuatro textos son semblanzas y documentos que ayudan a aportar piezas en el rompecabezas histórico que produce su ausencia.



Carta de renuncia al PS

Luis Sierra

Compañeros

Dirección Comunal Santiago

Partido Socialista de Chile

Presente

Estimados y queridos compañeros:

Dirijo estas líneas a Uds. para hacerles llegar, y por su intermedio a toda la militancia socialista de Santiago, una reflexión política sobre el devenir del partido y las conclusiones que de ello extraigo.

Ustedes saben que desde hace mucho tiempo que tengo una mirada muy crítica y autocrítica sobre la Concertación de Partidos por la Democracia, el partido, su línea política y su conducción.

Por cierto no desconozco los avances, muy importantes algunos de ellos, habidos en este tiempo. Es verdad que, desde marzo de 1990, el país ha experimentado notorios cambios entre los que destacan la plena vigencia de los derechos civiles y políticos, la disminución de la extrema pobreza y de la pobreza, así como, aunque detonados más bien por el juez Garzón que por la iniciativa nuestra, avances significativos en materia de justicia a las violaciones de derechos humanos ocurridos durante la dictadura militar también ha habido algunos avances institucionales y un interesante desarrollo de algunas políticas sociales así como algunos avances en materia de políticas de descentralización y una institucionalidad cultural.

Adicionalmente el país tuvo tasas significativas de crecimiento económico –al menos hasta el inicio de la crisis internacional de fines de los 90–, los grados de libertad de las personas se expandieron notablemente en los inicios de estos años, y no sólo por el término de un régimen dictatorial sino también por importantes cambios culturales que han ocurrido en el país, muchos de los cuales son atribuibles a estos años de gobierno de la coalición, de ello dan prueba la conciencia que condena la violencia intrafamiliar y las agresiones en este ámbito sobre todo a las mujeres, la conciencia que hoy existe sobre la discriminación y aunque subsisten focos xenófobos el país entiende que la religión, nacionalidad o preferencias sexuales de cada uno no pueden ser fuente de discriminación de nadie.



Sin embargo, ello ha tenido una dura contraparte que se ha ido acentuando progresivamente este tiempo, la mayoría del país vive una situación de inseguridad sostenida, existe inseguridad laboral ya que incluso cuando las tasas de crecimiento económicas eran altas las condiciones laborales no eran buenas; existe inseguridad previsional la que se ha visto incrementada por la pérdida que han experimentados los fondos de pensiones; inseguridad en materia de enfermedades a pesar de la entrada en vigencia del plan AUGE; existe inseguridad educacional por la mala calidad de la educación pública en la mayoría de sus establecimientos, normalmente en los administrados por los municipios más pobres; a ello se agrega la inseguridad ciudadana generada por los medios de derecha que, aprovechando la situación anterior, amplifica los actos delictuales hasta la saciedad. De todo ello el socialismo chileno desgraciadamente no ha sido capaz de dar cuenta real.

Las elites políticas sufren del más grave desprestigio de toda la historia reciente del país, vivimos una forma justamente desprestigiada de realizar la política, las aspiraciones personales y de grupos se anteponen a los intereses comunes y los proyectos individuales a los colectivos, y se ha recorrido un camino en que hemos ido desde el hiperideologismo al realismo, pero que ha pasado del realismo al pragmatismo, del pragmatismo al oportunismo y, en algunos casos, afortunadamente aun escasos, hasta la corrupción. Tampoco hemos sido capaces de dar cuenta de esta situación: nos llega a parecer normal que del potencial total de mayores de 18 años marque opción en las elecciones sólo alrededor del 50% del universo posible mientras que, para la otra mitad de chilenas y chilenos, la opción es blanco, nulo, abstención o jóvenes no inscritos, pareciera que esta situación no es un dato político a transformar, sobre todo porque significa restarle legitimidad al sistema democrático y mantenerlo en una situación severamente precaria, sino por el contrario lo miramos como un dato del paisaje.

Por otra parte los abusos de las empresas son materia de todos los días sin que se perciba una clara actitud de ponerles coto, las altísimas tasas de intereses comerciales, que superan el 50% anual, son la mejor expresión de ello en el ámbito de los consumidores, los abusos laborales y el trabajo precario, los abusos de las grandes empresas con las más pequeñas.

En un grado importante la credibilidad pública está en el suelo, nadie cree en los empresarios, menos en los políticos.

Adicionalmente a ello debemos considerar que el país vive una tremenda desigualdad distributiva que encuentra sus orígenes en una monstruosa



concentración de la riqueza y en un patrón productivo y de inserción económica internacional que hemos profundizado crecientemente en este tiempo.

Es verdad que de la distribución del ingreso existente no somos los causantes originales, sino que es una herencia de la dictadura militar, pero la hemos consolidado, cristalizado. Además la hemos legitimado al poner el foco de las políticas sociales sólo en los temas de la pobreza y extrema pobreza, y al aceptar el discurso de la derecha de que ella se soluciona sólo vía educación, cuando en realidad la distribución del ingreso es el producto de la distribución de un conjunto de activos que componen la riqueza, siendo la educación sólo uno de ellos y en las diferencias de calidad de esta última más que originar una mala distribución del ingreso la expresa y la reproduce.

Sí, en cambio, somos responsables directos de la desintegración del tejido social con el que fue posible derrotar la dictadura militar, tanto por nuestra acción gubernamental como por la omisión en que hemos caído en nuestro trabajo partidario en la gestación de organización social y ciudadana.

A la base de todo esto se encuentra la plena vigencia del orden neoliberal que, heredado de la dictadura, hemos sido incapaces de superar en este tiempo y del cual mala cuenta damos desde una perspectiva transformadora. Ni siquiera nos hemos planteado adecuadamente qué significa este orden conformándonos con caracterizarlo como sus teóricos de derecha lo señalan, conformándonos entonces con extender un poco los límites que ellos le fijan.

Superar este conjunto de elementos marcan una urgencia refundacional.

REFUNDAR EL SOCIALISMO CHILENO

Este socialismo nuestro ha vivido su historia en medio de intensas convulsiones y de períodos de relativa tranquilidad, historia que es, en parte, la historia de Partido Socialista de Chile, así como es, también, parte de la historia de una larga tradición de pensamiento libertario e igualitario que claramente escapa a los meros márgenes partidarios, y también es la historia de múltiples síntesis de largos procesos de lucha política, social y de desarrollo de la sociedad.

En este devenir es que el PS, fundado el año 1933, vive largos procesos de debate y decantes que dan origen a tres procesos refundacionales en lo que va de su historia. Es refundado primero en el proceso 1946-47 en torno a las ideas de la República Democrática de Trabajadores y del Frente de Trabajadores, proyecto encabezado por Eugenio González y Raúl Ampuero; en 1967, en el Congreso de Chillán, es vuelto a fundar en torno a las ideas predominantes en la izquierda de



la época y el partido se “vuelve” un partido marxista-leninista, cuestión que nunca tuvo muchas implicancias en la práctica política del partido, pero sí orgánicas y culturales dentro de nuestra organización; posteriormente y a la luz de los balances realizados en torno a nuestra dramática derrota del 73 y la secuela de divisiones del PS, la evaluación realizada desde otros referentes partidarios pero de clara matriz cultural socialista (MIR, MAPU, IC), los sucesos que sacuden el campo del este –agudizado por la invasión soviética a Afganistán– y definido por la posterior caída del mundo de los denominados “socialismos reales”, y la necesidad de derrotar a la dictadura de Pinochet, como los principales, entre otros, factores dieron origen al último proceso de refundación socialista en torno a las ideas de la renovación socialista. Este proceso tiene su punto culminante en el Congreso de Unidad realizado en 1990 en Valparaíso, así la refundación del socialismo se plasma como una refundación del Partido Socialista.

Es este último proceso el que configura un partido con un conjunto de singularidades que da como resultado el PS que actualmente tenemos, por ello es que resulta imprescindible referirse a este proceso concreto para entender más cabalmente nuestra situación.

El proceso renovador en lo referido a sus búsquedas virtuosas es ya un proceso consolidado dentro del socialismo chileno en general y dentro del PS en particular. Sus grandes objetivos están logrados.

En primer término todo el socialismo chileno entiende que la democracia como forma de organización política de la sociedad es comprendida como un fin en sí misma, estando plenamente superada la mirada que la percibía como una construcción instrumental para el logro de formas “superiores” de organización política.

En segundo lugar, y en plena concordancia con lo anterior, todo nuestro mundo entiende que los cambios que aspiramos para Chile requieren de la constitución de mayorías sólidas para realizarse.

En tercer lugar, todo el PS entendió que constituir esa mayoría requería de un entendimiento entre la izquierda y el centro político y esa es la causa de la gran adhesión que la Concertación encuentra en la militancia (otra cosa, por cierto, son las críticas que ella merece).

En cuarto término, cabe decir que es patrimonio de los socialistas de hoy entender que el mercado es la forma privilegiada en que funciona la economía en el mundo moderno y que, asumiendo esa mirada, es como debemos enfrentar los procesos de cambios económicos a que aspiramos, básicamente para corregirlo y “gobernarlo”.



Por último, todos entendemos que en el socialismo de hoy no cabe una posición clasista de rincón—en el sentido de una posición que reivindicando un supuesto objetivo histórico de una clase se plantea un proyecto político e histórico excluyente—al estilo de antaño, comprendemos que el país es nuestro interlocutor y que a él debemos dirigirnos entendiendo que él está en un proceso de permanente construcción, y que esa construcción requiere de todos.

Sin embargo, una cosa es entender y asumir estos principios ordenadores y otra es avalar y compartir toda la práctica y, más en general, el tipo de práctica que en realidad ha surgido de esta última refundación partidaria formalizada en Valparaíso el año 90. Porque de cada uno de estos conceptos ha surgido un tipo de práctica que ha deformado el sentido de cada uno de estos elementos.

Así, en primer lugar, de aceptar y asumir el mercado como forma de coordinación económica hemos pasado a una práctica de políticas económicas que han asumido el modelo neoliberal sin cuestionamientos, y que, en los hechos, aparecen frente a la ciudadanía mirando a las grandes corporaciones económicas como los héroes de fines del siglo XX y comienzos del XXI, asumiéndose que las verdades oficiales que se han gestado desde este tipo de orden neoliberal, tienen el carácter de absolutas y no de miradas ideológicas que se han tratado de transformar en sentido común; de este modo se ha aceptado la lógica de la política económica y sus presupuestos básicos no han recibido ningún cuestionamiento y, por lo tanto, tampoco el modelo neoliberal como tal.

Así entre los elementos de particular gravedad para el pensamiento socialista que se asumen hoy, se encuentra la mirada del desarrollo y crecimiento como el mero desarrollo y perfeccionamiento de los mercados y del comercio, la mirada estática de las ventajas comparativas y del comercio internacional que tiende a reproducir una singular inserción en la división internacional del trabajo, un concepto de competitividad más propios de las organizaciones empresariales que nuestro, y haber hecho propia la idea de la subsidiariedad y de la neutralidad del Estado.

De este modo se gesta una mirada que dice que las desigualdades que genera el modelo se enfrentan a largo plazo (primero estaría la tarea del crecimiento) y que desde ya se sembrarían las semillas enfrentando hoy día sólo el desafío educacional que es visto, como se señaló antes, como la palanca fundamental de la igualdad, y que la protección del medio ambiente es para países con otros



niveles de ingreso per cápita (sobre todo del natural, como si después se pudiese recuperar lo perdido). Y por tanto la tarea del Estado se limita más bien a actuar compensatoriamente de los peores efectos del modelo.

Por lo tanto los temas de justicia económica se limitan, además de tratar de enfrentar la pobreza y la extrema pobreza, a evitar ciertos abusos (restituir una supuesta simetría perdida no por la lógica del mercado sino de algún agente perverso que opera en él), garantizar algo de salud pública para los más pobres, garantizar ciertas pensiones mínimas, aminorar los efectos indeseados de los ajustes del mercado laboral (seguro de desempleo) y mejorar las posibilidades educacionales de los niños (hasta aquí con más éxito en cobertura que en resultados de aprendizaje).

Lo que, sin embargo, aparece como lo peor es que se asume que esta mirada de las cosas es la única posible y que la predominante es la única racionalidad posible, con todas las consecuencias culturales y epistemológicas que ello conlleva, y en particular descalificando *a priori* miradas diferentes. El efecto neto es que, finalmente y en último caso, se avalan políticas económicas que sirven a los grandes grupos económicos y la alianza estratégica que se busca establecer con los intereses del gran capital extranjero y de los Estados Unidos.

En segundo lugar, es muy distinto comprender que la democracia es un valor que tener una práctica política que –más allá de lo voceado– siempre entendió, en los hechos, que esta sólo consistía en limitarse a votar cada cierto número de años, y despreció la participación popular y la práctica política en la base social, para privilegiar unilateralmente el aparato estatal y la política de los consensos; la política de la participación social en las acciones gubernamentales en los escasos espacios que se ha dado no ha sido para escuchar sino, casi exclusivamente, para explicar y difundir el quehacer gubernamental.

Por decirlo de alguna manera, se impone entre nosotros una visión de la política que es estrictamente gubernamental, y ella a su vez en torno a una visión tecnocrática y mediática de la economía y de la política, con cuerpos dirigenciales que terminan creyendo que su racionalidad es la “única posible”.

Así, la izquierda de la concertación, el PS, paulatinamente no cumple su rol de ser izquierda y desconfigura el bloque gubernamental. Lo desconfigura por cuanto la Concertación, entendida como se ha señalado, requería de una izquierda con pretensiones de ser izquierda; el problema de la concertación no es la Democracia Cristiana, ella cumple muy bien su rol de centro político, siendo incluso más progresista que en prácticamente toda Latinoamérica, el problema es que quienes debíamos ser la izquierda de la coalición, en múltiples e incontables ocasiones hemos renunciado a serlo.



De este modo se construyó un proceso de transición marcado por el miedo a las organizaciones populares y la consecuencia inmediata fue que desde el Estado se apostó a su inacción cuando no a su desarticulación y, desde el PS – durante un muy largo período– a su sumisión al aparato estatal.

Todo ello exige un profundo proceso de debate y lucha política que sólo puede ser refundacional del socialismo chileno, entendiendo por tal no sólo al PS, sino también a ciertos sectores de impronta socialista que, aunque minoritarios, subsisten en otros partidos de la coalición; a importantes sectores de izquierda extra concertacionista, entre los que se cuentan la Izquierda Cristiana, Surda, o Movimiento Nueva Izquierda entre otros; a una vasta red institucional de ONG's principalmente de tipo ambientales, de género, y de consumidores; y por cierto a muchos socialistas que hoy miran desde fuera los procesos políticos.

Este proceso refundacional debería haber sido encabezado por el Partido Socialista, mi impresión, sin embargo, es que se perdieron grandes oportunidades de hacerlo en los dos últimos congresos partidarios, y es difícil que en el transcurso del tiempo inmediato se haga, considerando los temas electorales que el PS enfrenta y la forma como ha decidido enfrentarlos.

La refundación del socialismo chileno, empero, debe hacerse al calor de la lucha política y social, y la crisis del neoliberalismo que es desatada por la crisis económica presente. Se trata de cuestionar el orden neoliberal que ha mostrado en la crisis económica el punto de llegada de su modelo económico. Este es el momento de plantearse la transformación del orden existente.

Reemplazar el sometimiento de la actividad pública y económica a una ideología que lo subordina todo al mercado y que lo constituye incluso en los límites de la democracia, por una cultura que coloque en el centro de su actividad las necesidades de las grandes mayorías nacionales, y por ende de terminar con la subordinación de la democracia al mercado y a los que tienen poder en él.

Es el momento de terminar con la hegemonía de los grandes grupos económicos y del gran capital financiero. Ello también involucra reemplazar una forma de inserción en los procesos de globalización, subordinada a las necesidades del gran capital financiero internacional por una inserción internacional que signifique beneficios reales mutuos, a través de un patrón productivo basado en el desarrollo productivo y tecnológico, y en el aumento de productividad real de los trabajadores en vez de la mera explotación de los recursos naturales. Ello



también debe significar que la inserción nacional en los procesos globales debe ser desde y con América Latina.

Se requiere un nuevo rol del Estado que reemplace el carácter subsidiario que tiene actualmente por uno que le dé la misión de guiar el desarrollo nacional y garantizar los derechos económicos y sociales de todos los habitantes de Chile, sobre todo de los más débiles, explotados y desposeídos.

Se debe reemplazar también una forma de democracia incompleta que consagra la exclusión política y social por una democracia real, participativa, incluyente, descentralizada, consagrando como derechos básicos que el Estado debe garantizar, los derechos civiles, políticos, y los derechos económicos y sociales. Por ello el derecho a educación de calidad, a salud de calidad y oportuna, a una adecuada previsión social, deben ser definidos como garantizados, y los bienes que los posibilitan provistos por el Estado de modo anterior al mercado y no, como hoy, que éste los provee sólo para quienes no pueden acceder a ellos a través del mercado, lo que no les permite acceder a su ejercicio pleno.

Del mismo modo se debe superar una lógica económico institucional que siempre que hay que hacer ajustes macroeconómicos golpea a los trabajadores.

Para la superación del actual orden de cosas y su reemplazo por las propuestas que hemos planteado, se requiere de una nueva constitución, emergida de una Asamblea Constituyente que, siendo un auténtico acto refundacional de la República, permita reconvocar a los chilenos a ser parte activa del Chile que aspiramos a construir para todos sus hijos y todas sus hijas y de la lucha por obtenerlo.

Para enfrentar esta lucha estoy profundamente convencido que es más relevante y urgente que nunca acometer la tarea de reinstalar la izquierda, una izquierda renovada, moderada, moderna, lo que se quieran, pero izquierda, y que el PC y el PODEMOS, más allá de sus enormes esfuerzos, se aproximan al techo de una izquierda sin socialistas. Una izquierda unificada en torno a estos objetivos nacionales es la deuda que yo creo tener con Allende y su legado.

Por cierto, ustedes saben que yo creo profundamente en el entendimiento entre la izquierda y el centro, pero también creo que eso solo será posible, en un sentido transformador y de articulación de mayorías nacionales, cuando tengamos reinstalada la izquierda. Ahí será posible volver a entenderse con el centro.

En esas condiciones voy a apoyar la candidatura presidencial de nuestro compañero Jorge Arrate, y me parece que es más sano para el PS, para la



izquierda, para la Concertación, para las candidaturas de la izquierda y de la Concertación y, sobre todo para el prestigio de la política y de la democracia, que las cosas sean nítidas. Es muy confuso estar en un lado y apoyar otro candidato distinto. Por ello, compañeras y compañeros es que resolví desafiliarme del Partido Socialista, dejando por ende la presidencia comunal.

Desde ya agradezco a todos las compañeras y compañeros socialistas de Santiago, tanto la confianza de sus votos en la pasada elección como el apoyo a la gestión, de verdad me compromete una deuda de gratitud permanente.

Estoy seguro que los socialistas nos vamos a reencontrar, que siempre nos reencontramos, porque yo no he dejado ni dejaré jamás de ser socialista, solo que espero que ese reencuentro sea anclados nítidamente en la izquierda.

Ha sido una decisión difícil, pero citando a Gandhi, debo decirles que “Mañana tal vez tengamos que sentarnos frente a nuestros hijos y decirles que fuimos derrotados. Pero no podremos mirarlos a los ojos y decirles que viven así porque no nos animamos a pelear”.

Fraternal, agradecida y afectuosamente,

Luis Sierra

Socialista

Santiago, marzo de 2009



En homenaje a Luis Sierra Bosch

Claudia Sanhueza

No conocí personalmente a Luis Sierra. Me contaron de él los compañeros del Portal Socialista cuando me invitaron a escribir este texto. Al buscar información, encontré una carta. La había escrito en marzo de 2009 para renunciar al Partido Socialista, en plena crisis financiera global. En 2022, cuando Lucho murió, Felipe Ramírez leyó ese mismo texto en su funeral, bajo el título “Una renuncia como punto de partida, una muerte como un inicio”. Al leer la carta ahora, lo primero que asoma es la sorpresa, pero después te hace pensar: ese es, en realidad, nuestro comienzo. Así que vale la pena detenerse y repasar, porque aún está completamente vigente. Efectivamente, lo que Lucho escribió al irse de un partido fue, en realidad, el punto de partida de un proyecto que hoy sigue siendo el nuestro.

La carta comienza con un gesto poco común en la política chilena: el reconocimiento honesto. Lucho no escribe desde el resentimiento ni con ánimo de destruir lo que abandona para justificar su salida, sino desde el inconformismo. Lucho reconoce los logros de la Concertación: la vigencia de los derechos civiles y políticos después de la dictadura, la reducción sostenida de la pobreza extrema y de la pobreza, los avances concretos en materia de justicia respecto de los crímenes de derechos humanos, y una conducción económica que durante años permitió un crecimiento que expandió la libertad de las personas. Sin embargo, ese reconocimiento no es condescendiente; es el piso desde el cual construye un diagnóstico más exigente.

El diagnóstico que hace en marzo de 2009 es el de un país que ha acumulado tres tensiones profundas que todos los avances logrados en los años previos no han podido resolver. La primera tensión, en sus propias palabras, es que “la mayoría del país vive una situación de inseguridad sostenida”. Inseguridad laboral, inseguridad previsional, inseguridad en materia de enfermedades, inseguridad educacional y inseguridad ciudadana. A ello agrega: “De todo ello, el socialismo chileno, desgraciadamente, no ha sido capaz de dar cuenta real.”

Más allá de la inseguridad económica, describe una inseguridad que atraviesa todas las dimensiones de la vida cotidiana: la precariedad laboral de quienes trabajan sin contratos estables ni derechos colectivos reales, la fragilidad previsional de quienes ahorran toda su vida en un sistema que los expone a la volatilidad de los mercados financieros globales, y la segregación en salud y educación. Una sociedad donde el bienestar individual depende de la capacidad



de pago más que de la condición de ciudadanía es una sociedad estructuralmente insegura, y esa inseguridad no desaparece con el crecimiento del PIB.

La segunda tensión que Lucho identifica es que “vivimos una forma, justamente desprestigiada, de realizar la política: las aspiraciones personales y de grupos se anteponen a los intereses comunes, y los proyectos individuales a los colectivos”. Es el desprestigio de las élites, tanto las económicas como las políticas. Una clase dirigente que administró la transición con indudable eficacia técnica fue perdiendo, al mismo tiempo, la capacidad de representar a quienes quería gobernar. La política se había reducido a la gestión del aparato estatal, desconectada de la organización social de base, que fue quedando sin canales institucionales para procesar sus demandas. Y la desigualdad de la riqueza y el poder económico, hizo que no se pudieran equilibrar los contrapesos que debería garantizar una democracia real.

La tercera tensión, la más política de las tres, es “el abuso... es materia de todos los días sin que se perciba una clara actitud para ponerles coto”. Lucho nombra el abuso no solo como denuncia moral, sino también como categoría de análisis. En una sociedad donde el poder económico se concentra sin contrapesos, donde el Estado no alcanza a cumplir su rol de garante de derechos básicos, y donde la política pierde su capacidad de representación, el abuso se transforma en una consecuencia estructural.

Ese diagnóstico, escrito en marzo de 2009 en medio de la crisis financiera global, es casi exactamente el relato que el estallido de octubre de 2019 escribió en las calles diez años después. Cuesta pensar en este como en un relámpago en un cielo despejado, cuando, una década atrás, ya había una tesis sobre una sociedad que vive en la inseguridad, el desprestigio y el abuso.

Lucho no se queda solo en el diagnóstico, sino que propone una reorientación profunda en dos dimensiones inseparables: económica y política. En lo económico, plantea transformar la forma de inserción internacional del país en función de las necesidades de mayor productividad laboral, con un desarrollo productivo y tecnológico que “debe ser desde y con América Latina”. No está pidiendo cerrar la economía al mundo ni recuperar el proteccionismo del siglo pasado. Está pidiendo algo más difícil y más necesario: relacionarse con el mundo desde capacidades propias, no desde la dependencia y la subordinación a lo que otros decidan invertir, producir o comprar. Un Estado que deje de ser subsidiario para convertirse en conductor del desarrollo nacional, capaz de orientar recursos, coordinar actores y sostener a las personas cuando los mercados fallan.



En lo político, la propuesta es igualmente ambiciosa. Una democracia distinta, real, participativa, descentralizada, que no se agote en el acto de votar cada ciertos años, sino que construya fuerza desde los territorios y las organizaciones sociales. Una democracia que consagre como derechos garantizados por el Estado no solo los derechos civiles y políticos que la transición recuperó, sino también los derechos económicos y sociales en salud, educación, previsión y vivienda. Esa es la propuesta que Lucho escribe en 2009, al mismo tiempo que renuncia al partido que gobernó durante veinte años. Al parecer, sabe que en otra ubicación se puede construir.

El mundo que Lucho alcanzó a ver se ha transformado de maneras que él intuyó, pero no pudo anticipar del todo. La crisis climática, que en 2009 era todavía un problema de largo plazo para las cumbres internacionales, hoy organiza la disputa geoeconómica central. El litio, el cobre y otros minerales críticos que Chile posee en abundancia se han vuelto estratégicos para la transición energética global: sin ellos no hay baterías, no hay vehículos eléctricos, no hay infraestructura de energías renovables. Chile tiene los recursos imprescindibles, pero no genera el mayor valor a lo largo de la cadena de valor. La propuesta que Lucho hacía sobre desarrollo productivo y tecnológico, es hoy más urgente que nunca.

A eso se suma un orden internacional fragmentado por razones económicas. El sistema multilateral que parecía irreversible cuando Lucho escribía se rompe hoy en bloques y en una guerra comercial entre Estados Unidos y China que cambia de reglas semana a semana. La incertidumbre que genera la administración Trump no es solo volatilidad económica; es una impugnación deliberada de las reglas que durante décadas organizaron el comercio global y en las que países como Chile confiaron para generar crecimiento económico. Para una economía pequeña y abierta, construida sobre la premisa de que las reglas del comercio internacional son estables, ese escenario es exactamente la vulnerabilidad que Lucho describía, solo que ahora visible para todos.

Y el margen para responder se ha reducido. En 2008, Chile llegó a la crisis siendo acreedor neto del resto del mundo, con ahorros fiscales acumulados durante los años de bonanza del cobre que le permitieron financiar su respuesta con recursos propios. Ese colchón se ha ido agotando de forma sostenida en los años siguientes, y hoy la posición fiscal es muy distinta, con menos margen para responder a los cambios internacionales. La institucionalidad fiscal que en 2008 demostró su valor fue construida con mucho esfuerzo político. Reconstruir el margen perdido requerirá el mismo o más esfuerzo.



La tesis que plantea Luis Sierra en 2009 está en la base del diagnóstico que el Frente Amplio construyó una década después. En la convicción de que Chile necesitaba no solo mejores políticas, sino también un pacto social radicalmente distinto. No llegamos ahí solos ni desde cero. Lucho y otros como él habían trazado el mapa antes de que nosotros supiéramos que lo necesitábamos. Lo que resulta más difícil de procesar al leer la carta hoy es que Lucho escribió todo esto en 2009, cuando hablar de vulnerabilidad estructural sonaba a pesimismo ideológico y la discusión sobre desarrollo productivo propio parecía anacrónica. Escribir ese diagnóstico entonces requería una claridad que no se adquiere solo con inteligencia. Requería también cierta disposición para asumir el costo de mantenerla. Y requería, por supuesto, cierta convicción de que se podía alcanzar más.

Entiendo que a las personas que se anticipan al futuro con tanta exactitud suelen llamarlas visionarias. Pero al leer esta carta no pienso solo en la anticipación. Pienso en lo que significa permanecer intentándolo. Lucho escribió este texto a los 53 años, después de décadas en la política, después del Mapu, del socialismo, de la renovación de los noventa, de años enseñando economía en la Usach a generaciones de estudiantes que después, muchos de ellos, fueron parte del mismo proyecto político que él ayudó a imaginar. No era un joven que no sabía cuánto costaba mantener una convicción a lo largo del tiempo. Era alguien que, consciente de los costos, decidió seguir de todas formas, de otra manera, desde otro lugar, con otra fuerza. Eso no es solo visión. Es una forma de entender que los proyectos políticos no pertenecen a quienes los inician. Pertenecen a quienes los continúan.

Un artesano moldea el barro con sus manos, pero su obra la termina moldeando el tiempo. Un proyecto que trasciende es aquel que convierte la tierra en memoria. Lucho nos recuerda, una vez más, que esta obra nos trasciende. No la empezamos ni la terminamos nosotros. Quizás no la terminen los que vienen después. Pero cada vez que alguien busca, encuentra la carta y reconoce en ella las preguntas que también son las suyas. Esa es la única forma de inmortalidad que le importa a la política cuando es honesta consigo misma: no el nombre en un edificio sino la pregunta que sobrevive a quien la formuló.



Semblanza de Lucho Sierra: elogio a la voluntad en la política

Neto Águila

Luis Sierra es una de las personas más intensas que me ha tocado conocer. Cuando uno define a alguien como “intenso” tiene la obligación de precisar si está diciendo algo favorable o no de esa persona. Lo iré aclarando.

Conocí a Lucho Sierra en la segunda mitad de los años 80. Él presidía la Federación Juvenil Socialista (FJS) del PS renovado y yo era miembro de la dirección de la JS (Almeyda). Empezamos a coincidir cada vez más en las mesas de relaciones políticas entre nuestras organizaciones. Estaba en marcha el proceso de unidad socialista, pero todavía quedaban muchos obstáculos por remover. Se hablaba de unidad, pero se hacía poco.

Lucho era flaco y un poco desgarbado. Fumaba sin parar cigarrillos Life: unos cigarros que deben haber tenido la misma proporción de tabaco que de alquitrán.

Aunque Sierra era del ala renovada del socialismo, tenía muchas veces un acercamiento a los temas económicos y políticos bastante ortodoxo que, en más de una ocasión, lo dejaba a la izquierda de la izquierda. Posiblemente todavía quedaba en su cabeza reminiscencia de su paso por organizaciones maoístas en sus tiempos universitarios, o del Mapu (en su versión más popular y radical), o simplemente se trataba de una vocación contestataria e iconoclasta que le venía muy de adentro.

Entre todos los socialistas de la época -renovados y no renovados- era posiblemente el más convencido de la necesidad de la unificación del PS. E iba, cuál predicador por el desierto, tratando de convencer sobre las ventajas de la unidad a quien lo quisiera escuchar. Toda su formidable energía estaba puesta en ese objetivo. Podía sostener largas y, a veces, interminables conversaciones sobre el tema, y no parecía agotarse.

En parte, esa intensidad a la que me refería al comienzo constituía una inusual energía, una conversación ininterrumpida, con planteamientos que siempre estaban unos pasos más adelante, a contracorriente, un poco más allá del sentido común de quienes actuaban en la política de esos años.

Hay una frase que suele repetir el ex presidente Boric acerca de que ir demasiado adelante con las ideas es una manera bastante segura de estar equivocado. Es una fórmula ingeniosa, que encierra su sabiduría, pero que requiere matices y excepciones. Una de estas excepciones son aquellas personalidades de vocación e impronta que podríamos definir como proféticas, es decir, que van abriendo ideas nuevas pero demasiado prematuramente.



Lucho Sierra tenía bastante de eso: estaba siempre corriendo los cercos y moviéndose dos o tres pasos adelante.

Fue así en los tiempos de la unidad socialista de los 80; en su desencanto temprano con la transición; en su renuncia al PS, en cuya unidad había puesto tanto empeño, a fines de los 2000; o en su acercamiento a las precarias fuerzas políticas que formarían años después el FA, cuando muy pocos apostaban a esos débiles y dispersos esfuerzos.

Su formidable energía e intensidad, puso a Lucho Sierra -en la segunda mitad de los 80- en la tarea de intentar revertir una de las divisiones más profundas y duras vivida por el PS en su historia: la de 1979. Una división que, sin duda, debió evitarse por lo que significaba la dictadura en Chile y el debilitamiento de los partidos de izquierda en ese contexto, pero que no carecía de razones ideológicas y políticas muy reales y profundas.

Desde el 73 - o desde antes- se venían incubando serias divergencias dentro del PS sobre su identidad, su alineamiento internacional, su representación social; discrepancias que en dictadura se extenderían a la política de alianzas, las formas de lucha y el tipo de salida a la dictadura.

En efecto, esas fracturas no eran banales ni menores, y resolverlas o disolverlas era una tarea extremadamente difícil y ardua. Se requería de voluntades muy fuertes, navegar contra la corriente, algo de voluntarismo, cierta locura profética.

La unidad socialista fue también un temprano anhelo de la JS (Almeyda). Así se verificó en las resoluciones de la XXI Conferencia de febrero de 1985, y se fue ratificando en sus principales eventos posteriores.

La voluntad unitaria fue más fuerte en las juventudes que en los partidos. También en lo relativo a la unidad amplia opositora. No fue una casualidad, por tanto, que la unidad socialista se concretara meses antes a nivel juvenil que partidario. Tampoco que esta unidad no solo involucrara al socialismo histórico sino también a sectores provenientes del MIR, la IC y el Mapu.

Hacia fines de los 80 se fue fraguando la idea de que la reunificación del PS debería dar paso a la transformación de este en la “casa común de la izquierda” (o por lo menos de toda la izquierda que no provenía de la vertiente comunista), y no ser solo la reagrupación de sus vertientes históricas.



Sierra era un convencido de esta tesis y presionó fuertemente para que la nueva estructura unificada adquiriera una nueva denominación, lo que dio paso a la Unión de Jóvenes Socialistas (UJS), la que, dicho sea de paso, me correspondió presidir. En el Congreso de Costa Azul (1991), la mayoría de delegados revirtió esta decisión, volviéndose al nombre de JS, que era la denominación que se había adoptado en 1971, cuando Carlos Lorca asumió la Secretaría General y se abandonó la denominación FJS con que se había fundado en 1935.

El final de los años 80 fue vertiginoso, de decisiones rápidas y audaces, a veces correctas, otras muy adelantadas o quizás derechamente equivocadas. Es un balance que aún resta por hacer, aunque el objetivo esencial de reunificar al PS y entrar con una presencia de izquierda más fuerte a las disputas políticas de la transición se logró. Y en eso el aporte de los jóvenes socialistas de la época fue fundamental.

Hay que señalar que Lucho Sierra combinaba su fuerza, intensidad y, a veces, terquedad, con un modo de ser muy fraterno. Siempre estaba preocupado por lo demás, se daba el tiempo para saber de las familias de los compañeros y amigos. No le importaban mayormente los cargos y genuinamente vivía para los demás. Su vida, que se intuía algo solitaria, estaba volcada a los grandes proyectos políticos, a formar nuevas generaciones, o a conversar la amistad con un café de por medio. Iba intensamente por la vida, pero no parecía apurado. Se detenía a conversar con cada persona todo el tiempo que fuera necesario.

Fue un dirigente clave en la unificación del PS de 1990 y luego en la formación del Frente Amplio, dejó una huella en todos los que le conocieron, como amigo, como compañero, como un político audaz, jugado desinteresadamente por las buenas causas, por difíciles que éstas parecieran en un comienzo, con la vista puesta bastante más lejos que la mayoría de su generación.



Luis Sierra y los socialistas del futuro

Jorge Arrate

No recuerdo exactamente cuándo conocí a Luis Sierra, pero debió ser en 1987, al terminar mi exilio, ya de regreso en Chile. Éramos parte entonces del segmento del Partido Socialista conocido como «socialismo renovado» y sus miembros éramos identificados como «los renovados». En otras ocasiones he relatado lo difícil que fue la división de 1979 y la confrontación que protagonizamos al interior del socialismo chileno. En un momento tuvimos mucho en contra, pero fuimos progresivamente recuperando terreno y consolidando una postura que, en nuestra visión, reestablecía un perfil más auténtico del Partido Socialista.

Allí estaba Luis, en la renovación. Había tenido un breve paso como estudiante pro chino, en plena época de la disputa ideológica chino-soviética, uno de cuyos protagonistas era el notable y polémico Mao Tse Tung y, según creo, había militado un tiempo en el MAPU. Era más joven que los cuadros políticos forjados en la Federación de Estudiantes Secundarios y la FECH de la segunda mitad de los cincuenta y comienzos de los sesenta (*) que luego del golpe militar nos habíamos esparcido en Chile y en el mundo para quince o veinte años después reencontrarnos en la “renovación” y o en el Partido Socialista reunificado en 1989. Sierra ejercía como dirigente de la juventud. Llegaría luego a ser el máximo directivo de la Federación Juvenil Socialista (FJS), nuestra organización de jóvenes que llevaba todavía ese viejo nombre, proveniente de los años 30, para denominar a esta franja de militancia.

Hicimos amistad y, un par de años más tarde, cuando fui candidato a la máxima dirección de mi sector del PS, que dirigía entonces Ricardo Núñez, Luis Sierra fue uno de los pilares de mi campaña. Desbordaba entusiasmo, nunca dejaba de lado su espíritu crítico, estaba siempre dispuesto a hacer los sacrificios que fueran necesarios.

Yo admiraba su capacidad de movimiento y de desplazamiento, su dedicación al activismo. Lucho recorría el país, viajaba a lugares donde ninguno de nosotros llegaba, y lo hacía por sus propios medios, desplazándose a dedo, en bus o como pudiera, para constituir bases de la FJS y del partido.

Luis Sierra era economista y durante su vida mostró siempre su fidelidad a los debates sobre temas económicos. Llegó a ser, años más tarde, profesor en la Universidad de Santiago.

Pero en ese recorrido, que fue largo, una vez derrocada y desplazada la dictadura, Lucho ingresó a trabajar en el sector público como profesional de un nivel



intermedio. Nunca lo escuché pedir un favor laboral, ni solicitar apoyo para un ascenso, ni lo vi ir tras nuevos éxitos o nuevos logros en su carrera profesional en el servicio público. Así como tampoco nunca lo escuché reclamar financiamiento para su organización, que disponía de recursos muy limitados. Había en Luis Sierra una nobleza natural y una entereza para enfrentar los problemas que lo constituyeron en un ejemplo militante.

Una que otra vez tuvimos desacuerdos con “el Lucho”, pero concordamos siempre en lo básico, en lo decisivo. Nos inspirábamos en el pensamiento de Marx, de Gramsci, de Eugenio González y Salvador Allende. No esquivábamos los debates sobre la vinculación entre democracia y socialismo ni la discusión sobre la naturaleza de los regímenes comunistas de Europa del Este. Seguíamos el debate internacional sobre estas materias y concebíamos la relación entre socialismo y libertad como algo indisoluble; algo que seguíamos pensando y debatiendo para profundizar y desarrollar más esa idea que había germinado en el proyecto de Salvador Allende y en la experiencia de la Unidad Popular.

La reunificación del Partido Socialista fue una bandera principal en la elección interna de 1989 para suceder a Ricardo Núñez, que comandaba entonces aquel segmento del PS, y que se realizó por primera vez en Chile en una votación directa de carácter nacional, imperfecta pero llamativa y poderosa. La unidad socialista no era para nosotros un pendón electoral. Ambos la apoyábamos muy sinceramente. Creíamos que nuestro deber era actuar sin tardanza para convertir algo que en los medios socialistas ya parecía una consigna obligada, en una aspiración razonada, sentida y realizable. Pero Lucho iba más rápido y tenía como socio a una Juventud Socialista (del sector Almeyda) en la que, entre Jaime Fuentealba, el inolvidable Fisher, que también nos dejó tempranamente, Ernesto Águilay otros ochenteros, no tenían vacilaciones para impulsar la reunificación. El mundo adulto de ambos segmentos era más complejo. En el caso de los “renovados”, nos penaba la sobrevida que se le había concedido al PPD, siempre alimentado por la sangre PS y protegido por el potente liderazgo de Ricardo Lagos E. Y en el caso del PS (Almeyda) hubo que despejar las desconfianzas, especialmente de sectores entonces más apegados a un marxismo ortodoxo. Lucho Sierra avanzaba más rápido y yo sentía que ese otro ritmo ponía en riesgo el avance de los mayores, del Partido propiamente tal. Recuerdo que ante la insistencia de Luis llegué un día a amenazarlo con medidas disciplinarias... Me miró raro, como sorprendido, hizo un gesto que no supe qué significaba y se dio media vuelta. Parece tango... Luego, hizo lo que quería, pero con discreción, de modo que no supe hasta después de nuestro gran acto de reunificación que los jóvenes se nos habían adelantado.



Por muchos años compartimos nuestra crítica a las direcciones socialistas, pero mi ingreso al gobierno en 1992 moderó mucho mi quehacer partidario. Había asumido un compromiso y además no me quedaba tiempo para una intensa vida militante.

Con Sierra trabamos una amistad y un intercambio intelectual que no tuvo largas interrupciones. En 2008 levantamos en el Congreso del PS un voto que ponía en cuestión la vigencia de la Concertación y la exclusión por dos decenios del Partido Comunista. Perdimos, naturalmente, y luego un grupo de socialistas entre los que estaba Lucho quisieron levantar mi candidatura presidencial y acepté el desafío. A poco andar tuvimos claro que en el PS el candidato sería José Miguel Insulza y que su destino era ser sacrificado en una negociación con la Democracia Cristiana para proclamar a Frei. Se inició entonces una nueva etapa. Me retiré del PS y, sin que yo lo demandara, unas decenas de socialistas me acompañaron. Luis Sierra también quiso hacerlo. Era el presidente del comunal Santiago, el más importante del PS, un cargo de gran visibilidad, y le sugerí que no renunciara pero que, como hicieron otros compañeros, apoyara nuestra candidatura, que terminó siendo la de la izquierda. Pero él tomó su decisión: le pareció que no soportaría esa duplicidad y que prefería la política más transparente, incluso si no fuera favorable en el tiempo inmediato. Étenía la razón. Renunció al PS a través de una carta que es un documento político que debiese ocupar un lugar privilegiado en el archivo de aquel tiempo.

Largo sería recordar los empeños que compartimos después de 2009, pero fueron varios. Todo era difícil, éramos pocos. Cuando uno es un pequeño grupo termina a menudo peleándose con sus compañeros. Discutimos fuerte una vez con Lucho, no recuerdo por qué. Recuerdo en cambio que aquello no interrumpió nuestras conversaciones. Compartíamos interrogantes y, sobre todo, un fuerte interés en aquella izquierda que emergía desde distintos espacios: la ex Surda, los estudiantes autonomistas, los grupos feministas, las organizaciones juveniles de izquierda, el 2006, el 2011 y más tarde el 2018 y el 2019, el llamado “estallido”. A esa altura Lucho ya era parte de Convergencia Socialista y yo disfrutaba sus relatos sobre los distintos grupos que conformarían años después el Frente Amplio. Y preguntaba por qué gente mayor no podía ser parte de las organizaciones de entonces, aunque en los hechos, desde fuera, colaboramos con aquellos que identificábamos como los socialistas del futuro. Así, el año 2013, acompañé a los candidatos autonomistas (Gabriel Boric, Pancho Figueroa, y Daniela López) a su inscripción en el SERVEL. Años más tarde se dividieron entre el Movimiento Autonomista e Izquierda Autónoma. Me causó desazón y amargura. Ya había olvidado las veces en que yo había participado en divisiones.



Luis Sierra tuvo la visión de asumir por propia iniciativa tareas de formación política en un liceo de Santiago, aquel que lo había acogido de adolescente: el Instituto Nacional. Nos unía también ser institutanos, haber estudiado en la Universidad de Chile, ser azules en el fútbol (aunque Luis nunca volvió a ser el hincha que era cuando la U se convirtió en sociedad anónima deportiva; y de nuevo tenía razón en su indignación que los demás disimulábamos), aparte de ser socialistas. Me invitó una vez a un conversatorio. Había un montón de muchachos con nombres que yo no conocía y cuyos rostros no conservé en la memoria. Pero he podido ver el resultado de la enorme tarea formativa de Lucho. Varios de aquellos jóvenes son ahora dirigentes destacados o militantes activos del Frente Amplio, tienen corazón socialista y batallan por la emocionante justicia, por la sagrada libertad, por la sociedad que todos compartimos con Luis Sierra. Son los luchadores socialistas del futuro.

(*) En la izquierda estudiantil de entonces habían confluído jóvenes dirigentes socialistas, comunistas, radicales e independientes, muchos de los cuales se reencontrarían en el socialismo de inspiración renovadora. Entre los mayores estaban Julio Stuardo, Raúl Iriarte, Aníbal Palma, Daniel Moore y Ricardo Lagos; con algunos años menos, Renato Julio, Kenny Velásquez, Ricardo Núñez, Luis Alvarado, Manuel Acuña, Alexis Guardia, Eugenio Da Via, Benny Pollack, Máximo Lira, Arturo Barrios Arriagada, Armando Arancibia, Eduardo Trabucco, Patricio Arias, Manuel Valenzuela, Jorge Guralnick, Eduardo Trabucco, Doris Jiménez, Edmundo Villarroel, Isabel Allende, Beatriz Allende, Carlos y Waldo Fortin, Arturo Castro, Patricio Arias y Jorge Arrate, entre otros. Fueron parte del núcleo inicial de la “renovación”, cuando aún participaba Carlos Altamirano en la vida política del exilio, Moore, Lagos, Núñez, Alvarado, Guardia, Lira, Arancibia, Trabucco, Valenzuela, Isabel Allende y quien escribe. Es mi recuerdo, pero puede ser imperfecto.



Pensar la política a partir de Luis Sierra

Gabriel Rojas

Conocí a Lucho Sierra entre los años 2012 y el 2013, cuando la Nueva Mayoría se estaba perfilando como la respuesta política desde el progresismo ante la irrupción del movimiento estudiantil. No se trata de un dato menor o solo temporal, es una huella biográfica, porque a los 15 años, luego de pasar más de 7 meses en la toma de un liceo, algo de desasosiego y desconfianza marcaba nuestro semblante cuando la principal respuesta de la política ante las demandas de cambio estructural venía de los partidos tradicionales.

En esa época, éramos cercanos a los comunistas, no por especial filiación con el marxismo-leninismo, sino por la distancia que el desarrollo de la lucha estudiantil fue generando entre nuestro sector y los grupos de ultraizquierda que pululaban entre los pupitres del invierno santiaguino. Pese a los vasos comunicantes, con la JS teníamos una mayor desconfianza, fruto de una cierta cultura antipartidos y especialmente anticoncertación que se había instalado en el mundo estudiantil, lo que convivía con una larga tradición socialista en nuestro liceo. El año 2010, el centro de estudiantes fue presidido por un socialista y el 2014 volvería a serlo, dando cuenta de la vigencia de la orgánica del Partido Socialista en el universo que en ese entonces orbitamos.

Ese escenario nos configuraba como una fuerza, una sensibilidad huérfana de estructuras. Distantes de la disciplina y el centralismo democrático comunista, la filiación al Partido Socialista nos parecía insuficiente para el horizonte de transformaciones que propugnamos, especialmente por las distancias respecto de la focalización de las políticas públicas. Con los años ese espacio intermedio entre la concertación y el Partido Comunista resultó mucho más prolífico y nutrido, entre otras cosas por la persistencia de personas como Luis Sierra, que llevó a la formación del Frente Amplio, tanto en su primera fórmula de coalición como en su madurez partidaria.

En esos años, al menos hasta 2016, las izquierdas estaban insertas en estrategias de construcción social. El debate estaba dominado por los desafíos y límites del movimiento estudiantil, de su capacidad para dominar la agenda y acentuar las contradicciones del modelo. Las estrategias que se debatían estaban entre la multisectorialidad o la centralidad de la educación, partiendo del presupuesto de que para avanzar en la transformación social, lo primero era construir una base social que garantice y proyecte una mayoría hacia la política. Al margen de la necesidad de acumulación, Lucho siempre nos decía “el problema es que aquí hace falta política”.



Cuando un partido ya cuenta con algo de trayectoria institucional, la respuesta sobre la política suele asociarse con la disputa de poder y, en su expresión más práctica, en la lucha por puestos dentro de organizaciones burocráticas como el Estado o el propio partido. Aunque Sierra siempre participó en todas las elecciones y alentó a participar en ellas sin subordinarse a ningún mandato burocrático, cuando afirmaba que “faltaba política” rara vez se refería a la disputa por cargos o cupos.

Formado en una tradición marxista heterodoxa, Sierra nunca fue particularmente estudioso de la política propiamente tal. Como economista, sus reflexiones solían estar centradas en las transformaciones de las distintas facciones del capital, la revolución tecnológica o la superposición de esferas económicas en el capitalismo avanzado. Tenía, además, un gran gusto y refinamiento teórico en los problemas y la evolución de la lucha de clases, aunque se encontraba lejos de ser alguien clasista u obrerista, pues siempre apostó por la formación de coaliciones amplias. Si estas fueron siempre sus preocupaciones ¿cómo entender, entonces, a qué se refería cuando hablaba de la falta de política?

En su trayectoria de vida, uno de los logros más importantes fue la reunificación de los jóvenes socialistas a fines de la década de 1980. En su calidad de secretario general de la Federación Juvenil Socialista, representaba al sector renovado del socialismo chileno, injustamente asociado con los sectores más moderados de la izquierda. Defensor de la idea de una alianza con el centro, pujó por la unidad socialista convencido no solo de la importancia de unificar el almeydismo con la renovación, también de la formación de una coalición con la democracia cristiana. Como dijera en su carta de renuncia, el problema no es la alianza con el centro, sino la importancia de fortalecer la izquierda.

Su filiación a la renovación y su convicción de necesitar una izquierda fuerte no hacen más que relevar la importancia que la política tenía para Lucho. Entre sus razones para pertenecer al otrora PS Arrate estaba el redescubrimiento de la democracia que el socialismo chileno estaba realizando. Poco antes de presentarme a Jorge Arrate en una actividad que organizamos dentro de la toma de nuestro liceo, para reclutar a los socialistas del futuro, recuerdo que me regaló una copia en papel del texto “El socialismo chileno: rescate y renovación”, una obra brillante donde el exministro de Allende y hoy compañero del Frente Amplio rescata la fuerza libertaria y democrática del socialismo chileno. Al margen de mi deslumbramiento con la historia y el pensamiento socialista, esa primera lectura y la conversación que gatilló me hizo tomar una posición ética que Lucho me legó para toda la vida: la democracia es un fin en sí



mismo. Por eso, no es fortuito que Sierra fuera un renovado en los 80, sino el resultado de una convicción compartida en torno al valor de la democracia, no como el resultado de un proceso revolucionario, no como un epifenómeno del desarrollo económico ni como el reflejo de un campo que ocurre por fuera de la política y de la acción de los actores.

Si la democracia requiere una convicción ética, si no es el fruto de estructuras ni un engaño de la burguesía, entonces la democracia es algo específico. Si la democracia es algo específico, el contexto en el que se inserta, también lo es. Por lo tanto, la política no es ni el resultado de una lucha social que la antecede, que se acumula y luego se cobra, ni es algo que se explica por otras causas. La política, entonces, requiere ser entendida como tal y, en el caso de los actores, requiere voluntades.

Entonces, entre medio de esas eternas conversaciones, Lucho dejaba ver una concepción de la política como un campo social específico, donde hay juegos de poder que exigen acciones prácticas, orientadas por un mandato ético firme y la construcción de voluntades comunes. Pero su mirada no era ingenua o institucionalista. Entendía que el poder, en una sociedad democrática, adquiere distintas modulaciones y orígenes. Su mirada tampoco era la propia de una paranoia foucaultiana, que veía el poder por todas partes, sino que siempre analizaba las relaciones de poder desde una perspectiva estructural. Su pregunta permanente era cómo el paso que se da altera o no la correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo, cómo la articulación de voluntades permite transformar las condiciones sociales de existencia.

Sin embargo, esta mirada no impedía a Lucho comprender la política en términos pragmáticos. Alguna vez le dije que los “problemas reales de la gente” había sido una forma de despolitizar la discusión pública, una herramienta del gremialismo para convertir en asuntos de gestión la política, desplazando los grandes temas por políticas puntuales. Con mirada severa, Lucho me dijo que la política no tenía ningún sentido si no atendía los problemas reales de la gente, que no era un ejercicio de poder abstracto y que siempre que se pueda avanzar en mejorar la vida de las personas, hay que hacerlo.

Si bien el Lucho no fue un filósofo político, hay al menos tres características de la política que valen la pena recuperar de su acción y pensamiento para los socialistas del presente. La primera es entender que la política es algo específico, pero jamás ajeno a la sociedad. Muchas veces la defensa de la especificidad de la política lleva a reducir esta a las instituciones y sus arreglos, omitiendo que no por ser específica va a estar aislada. Como dijo alguna vez, quedarse en esa visión sería



como mirar el dedo cuando alguien apunta al sol. La política, para Lucho, era la conducción general de la sociedad, por lo que no tiene sentido ni siquiera reducirla a las instituciones. En segundo lugar, precisamente porque la política es irreductible, ella puede emerger en cualquier ámbito: en la lucha sindical, en la lucha estudiantil o en la lucha feminista, siempre y cuando no se enfoque en la demanda gremial o corporativa. Estas luchas, sin estar orientadas a la transformación de las relaciones fundamentales de poder, no pueden considerarse políticas propiamente tales.

Por último, para Lucho, la libertad y la igualdad eran el más alto producto de las luchas sociales, del avance de la racionalidad -comúna todos los humanos, más allá de sus particularidades-, por lo que la convicción democrática es un imperativo ético ineludible para un socialismo moderno, cueste lo que cueste, lleve al mundo donde lo lleve. Lucho no era ingenuo, sabía que a mayor democracia política, no necesariamente existiría mayor igualdad social o mejores resultados para la izquierda. Pero su convicción democrática siempre trascendió el cálculo pequeño.

Disidente como pocos, estoy seguro que no estaría de acuerdo con casi ninguno de los puntos que aquí expreso como sus principales enseñanzas para mi vida. A fin de cuentas, los aprendizajes que dejó son una interpretación y, como tal, le pertenecen al intérprete. Pero creo ser justo al retratarlo como un profesional de la discusión, un quisquilloso de la precisión, iconoclasta y defensor del derecho a pensar distinto, un libertario de espíritu, hijo de la Ilustración y sus instituciones, como el liceo y la universidad, los dos espacios en los que lo conocí. Poco dado a embarcarse en nuevas modas intelectuales, es probable que muchas de las frases aquí dichas le hubieran parecido pretenciosas e imprecisas, pero estoy seguro que habría valorado todo el cariño de fondo.

Conocí a Luis Sierra fortuitamente en las salas del colegio donde él también estudió. Desde entonces me invitó a navegar las profundidades del socialismo chileno, llevándome a leer su historia, sus pensadores y su vigencia. Me presentó a grandes compañeros que admiro y estimo, socialistas y frenteamplistas como Sofía Fuentes, Isabel Cárcamo o Jorge Arrate. Escribir a cuatro años de la muerte de Lucho es volver a visitar esas aulas, esas conversaciones, ese tesón a la hora de discutir y, por encima de todo, esa ternura que lo caracterizaba como compañero, incluso, como habría ocurrido si pudiera leer este texto, cuando no estaba de acuerdo. Es decir, casi siempre.